

por su vecino á tomarla en aquella desgraciada insurreccion de Penruddock y de Grover en el Oeste, cuando el partido presbiteriano se reunió al de los Caballeros. Y aunque su prudencia habitual le hubiese preservado de los fatales resultados de este movimiento, como de otros muchos peligros; en la última época de la dominacion de Cromwell, y por el tiempo del interregno que le sucedió, se consideró al mayor Bridgenorth como un hombre mal dispuesto en favor de la república y como partidario de Carlos Estuardo.

Ademas de esta coincidencia de opiniones políticas, otro nudo de intimidad unía las dos familias. El mayor, feliz en todo lo respectivo á la fortuna, no lo fué tanto en lo que penetraba su corazon de mas cerca. La suerte le dió de repente muchos golpes bien crueles, y llegó á ser en cuanto á esto un objeto de compasion para con su vecino, aunque tan abatido como se veia de su antiguo esplendor. Durante el intervalo que se pasó entre el principio de la guerra civil y la restauracion de Carlos II, perdió sucesivamente seis hijos: todos

muriéron de la misma enfermedad, que se atribuyó á debilidad de constitucion, precisamente en la edad en que estas inocentes criaturas venian á ser mas interesantes para sus padres.

Al principio de 1658 ya no le quedaba ningun hijo al mayor Bridgenorth; hácia el fin del mismo año tuvo una niña; pero su nacimiento costó la vida á una esposa querida, cuyas fuerzas se debilitaron por el temor maternal y la penosa y amarga reflexion de que sus hijos adquirian de ella esta extremada delicadeza de complexion que hacia tan precaria su existencia. La misma voz, la voz dulce y amistosa de lady Peveril, que anunció al mayor era padre de una hija, le participó al mismo tiempo la fatal noticia de que ya no era marido. Las emociones de Bridgenorth fueron mas bien fuertes y profundas, que vivas y violentas, y su afliccion tomó la forma de un lúgubre espanto, del que no pudieron sacarle ni las amistosas amonestaciones de sir Geoffrey, quien no faltó á presentarse en casa de su vecino cuando todo era en ella pena y dolor aunque debió encontrar allí al pastor presbiteriano, ni por las exhor-

taciones evangélicas de este último personaje.

Lady Peveril, conmovida al fin de su penar, recurrió por compasión á una de aquellas tiernas inspiraciones de su sexo, que cambian con frecuencia en llanto la sequedad de la desesperacion. Poniendo en sus brazos la hija, cuyo nacimiento acababa de costarle tan caro, le conjuro para que se recordase no le habian arrebatado enteramente á su Adelaida pues que sobrevivía en la niña que delegaba á sus cuidados paternos.

— ¡Quitela, quitela vm. de aqui! exclamó el desventurado: no quiero verla: este es un nuevo pimpollo que ha florecido para marchitarse luego; y el arbol que le ha producido no florecerá ya jamas.

Estas fueron las primeras palabras que pronunció. Mas bien arrojó que puso la niña en los brazos de lady Peveril y cubriéndose el rostro con las dos manos, derramó abundantes lágrimas. Lady Peveril se abstuvo de decirle: consuelese vm.; pero se aventuró á prometerle que el pimpollo se abriría y daría frutos.

— ¡Nunca, nunca! exclamó Bridgenorth,

aleje vm. de mí esa desgraciada niña, ¡y dígame solo cuando deberé ponerme de luto! ¡de luto! repitió interrumpiéndose; ¿no le llevaré yo toda mi vida?

— Me encargaré de esta niña por cierto tiempo, dijo lady Peveril, puesto que su vista le es á vm. tan dolorosa. La niña Adelaida estará tan cuidada en todo como nuestro Julian, hasta que su presencia sea para vm. un motivo de placer como ahora de afliccion.

— Nunca lo será, jamas, contestó el desgraciado padre: su destino está prescrito: llevará el camino que los otros; pero ¡cúmplase la voluntad de Dios! Lo agradezco mucho, milady. La encargo á vuestros cuidados, y doy gracias al cielo por haberse dignado excusarme el dolor de verla morir.

No tratando de detener por mas tiempo la atencion del lector sobre este punto tan penoso, bastará saber como lady Peveril se encargó de cumplir los deberes de madre con la huerfanita, y puede que tal vez haya debido, á los juiciosos cuidados que se tomó, la conservacion de su vida, que á la ver-

dad parecia como pendiente de un hilo; porque probablemente se hubiera apagado la chispa que aun brillaba, si como habia sucedido con respecto á los demas niños del mayor, la hubiesen sofocado con precauciones excesivas, ó superfluas atenciones que la inquietud habria inspirado á su madre, despues de haber perdido ya tantos gajes de la ternura conyugal. Lady Peveril se hallaba en estado de tomarse los cuidados que se imponia, por cuanto habia perdido tambien sus dos primeros niños, atribuyendo la buena salud del tercero, que se criaba robusto, hermoso y de tres años, al método que habia seguido en criarle, muy distinto en todo del usado hasta entonces. Trató de guardar el mismo régimen con la huérfanita y no le salió menos bien; dándole menos medicinas, exponiéndola mas al aire y, por último, con atencion constante y juiciosa en secundar la naturaleza, lejos de forzarla, esta niña endeble, puesta en manos de una excelente nodriza, adquirió de dia en dia mas fuerza y vivacidad.

Sir Geoffrey, lo mismo que la mayor parte

de los hombres dotados de un caracter franco y generoso, naturalmente gustaba de niños, y experimentó tal compasion á vista de los temores de su vecino, que olvidó del todo era el mayor presbiteriano, hasta el momento en que fué necesario bautizar la niña por un ministro de la dicha secta.

Este momento fué crítico. El padre no se hallaba en estado de proponer medio alguno y el ver violado el umbral de la puerta del castillo de Martindale por la entrada de un hereje cual era el ministro protestante, causaba horror al ortodoxo propietario de la morada. Habia visto, cuando la rendicion de Martindale, entrar en triunfo por el patio de su castillo al famoso Hugo Peters con la biblia en una mano y la pistola en la otra, y esta hora de amargura estaba profundamente grabada en su corazon. Sin embargo tal era la influencia de lady Peveril en su ánimo, que á pesar de sus preocupaciones le decidió á disimular. Se hizo esta ceremonia en un naranjal, que situado al cabo del jardin, hablando con propiedad, no hacia parte del castillo. Asistió tambien ella misma

y bautizó á la huerfanita el reverendo M. Sols-grace, que tuvo el honor de predicar una vez á la cámara de los comunes un sermón de tres horas en acción de gracias por la libertad de Exeter. En cuanto á sir Geoffrey, tuvo buen cuidado en ausentarse del castillo, y no volver en todo el día, sin que pueda dudarse sabia él la escena del naranjal, atendido el particular cuidado que se tomó al día siguiente en hacerle lavar y perfumar, procurando purificarle todo lo posible. Mas por grande que fuese la preocupación del buen caballero contra la creencia religiosa de su vecino, no tenía influjo alguno sobre la compasión con que le miraba por sus pesadumbres pasadas. El medio de que se valia para darle pruebas era un poco particular, pero convenia en todo con el carácter de ambos, y con la naturaleza de su amistad nueva.

Todas las mañanas concluía su paseo, á caballo ú á pie, pasando á Moultrassie-Hall, y saludando á su vecino. Entraba de vez en cuando en el oscuro salón, donde su propietario cada vez mas triste, y en soledad, se daba todo á sus pesares; pero lo mas comun era pararse

en el terraplen, y arrimado á la ventana, decir en voz alta:—¿Cómo lo pasa el señor Bridgenorth?—lo uno porque no hacia vanidad de saber seguir una conversacion, y lo otro porque, con esta fórmula, seguía su tema de jamas concederle los honores militares llamándole mayor.—Vengo solo para decirle á vm. que se anime; Julian está bueno, la pequeñita Adelaide sigue bien, todos estamos sin novedad en el castillo.

Un profundo suspiro, acompañaba tal vez á las palabras..... — Muchas gracias, sir Geoffrey; déselas vm. de mi parte á lady Peveril, y mis finas expresiones.—Esta era por lo regular la respuesta de Bridgenorth. Recibia sin embargo esta noticia con el mismo placer que la daba el caballero portador, llegando poco á poco á serle menos penoso el oír hablar de su hija; y jamás se cerraba la ventana, ni el sillón de badana que estaba al lado se vió vacío cuando llegaba la hora en que hacia el barón su corta y cotidiana visita.

Por último la espera del instante en que debia presentarse sir Geoffrey absorvió bien pron-

to todos los pensamientos de Bridgenorth. Muchos han experimentado la influencia de iguales placeres en algunas horas de su vida. El momento que un amante pasa en la ventana de su querida, el del epicureo, cuando oye tocar la campana que anuncia la hora de comer, son placeres en que ponen todo el interés del día, las horas anteriores se les pasan con impaciencia, las posteriores en reflexiones sobre lo pasado; y deteniéndose la imaginación en cada circunstancia pasagera, cada segundo se les hace un minuto, y cada minuto una hora. Esto mismo sucedia con Bridgenorth, sentado en su sillón solitario, podia descubrir á lo lejos la llegada de sir Geoffrey avanzando por el paseo de árboles con paso majestuoso, ú haciendo trotar ligero á su caballo de batalla, Black Hastings, compañero suyo en algunas acciones. Erale muy fácil oírle, cuando venia cantando á media voz:

Tomará el rey otra vez
La corona que perdió.

¿ silbando esta:

Cabezas morondas
De pescuezo erguido
Que haelen á horca.

la que se bajaba ó enmudecia según que iba llegando á la estancia del dolor, donde tomaba el tono franco del soldado y del cazador para saludar á su antiguo vecino.

Se prolongó la conversacion por grados y á medida que la pena del mayor, siguiendo el curso de los pesares todos, perdió su violencia, y permitió fijar su atención hasta cierto punto, en lo que tenia de su cargo, haciéndole reconocer las diferentes obligaciones que debia llenar en la posición de su país, devastado por las facciones opuestas, cuyas disensiones no podian acabar sino con la restauracion. Aunque Bridgenorth se repuso algun tanto del golpe que acababa de sufrir, se consideraba sin embargo incapaz de contenerse á vista de su hija; y aunque una corta distancia le separaba del ser, cuya existencia debia interesarle mas que cuanto le podia ofrecer el mundo entero, con todo, no le pareció convenirle saber mas que el sitio donde caian las venta-

nas del aposento en que moraba su pequeña Adelaida, y se entretenía muchas veces en mirarlas atento desde su terrado, cuando al ponerse el sol reflejaban en ellas sus luces. Con efecto, aunque estaba por otra parte dotado de una superioridad de ánimo, le era imposible desterrar de sí el doloroso pensamiento, que al parecer le confirmaba en la opinión de que este único gaje de ternura conyugal iría dentro de poco á la tumba, donde yacía todo lo que después de él amaba mas en el mundo; y esperaba con una penosa inquietud el instante en que le anunciarían los primeros síntomas de una enfermedad inevitable. No obstante continuaba consolado al oír la voz de Peveril; mas en el mes de abril 1660 tomó este de repente un tono nuevo, y en todo muy diferente. Lejos de suspenderse la canción *tomará el rey otra vez, la corona que perdió*, cuando entraba Black Hastings en la calle de árboles, siguió con los pasos de sir Geoffrey hasta el patio, donde apeándose de su caballo, en cuya silla venían dos pistolas de dos pies de largo cada una, entró precipitadamente en el salón,

armado de pies á cabeza, el baston de comandante en la mano, los ojos centelleantes, las mejillas encendidas y exclamó: — ¡ arriba, vecino, arriba! acabóse ya el tiempo del rincón del fuego. ¡Dónde esta el peripunte de piel de búfalo y el sable grande! Muéstrese vm. alguna vez de un partido bueno. El rey es todo bondad é indulgencia; y yo le alcanzaré á vm. el perdon por entero.

— ¿Qué significa eso? preguntó Bridgenorth, sir Geoffrey, pienso que no tiene vm. novedad. ¿En el castillo están todos buenos?

— Tan perfectamente como se puede apeteecer. Adelaida, Julian, lady Peveril, todo el mundo; pero traigo noticias que valen veinte veces mas. Monk se ha declarado en Londres contra los picaros de la Nalga *. Fairfax ha tomado las armas en el condado de York: — ¡ Por el rey, por el rey, por el rey! y se lo digo yo, Presbiterianos y Episcopales, todos toman la bandolera por el rey Carlos. Acabo de recibir

* *The Rump-parliament*. Mote que habian dado los realistas al parlamento, por desprecio. —ED.

una carta de Fairfax en la que me encarga ocupar los condados de Derby y Chester con toda la gente que pueda levantar. ¡Es un demonio recibir yo órdenes tuyas! pero no importa. Al presente como amigos, y nosotros dos, mi buen vecino, haremos frente, como deben hacerlo quienes de ello se precian. Vea vm., amigo, lea vm., lea, y despues ponerse las botas y á caballo.

¡A las armas! caballeros,
Caiga Belzebut, rendido
A vuestros golpes tan fieros.
Cojed laureles, os pido,
Tales, y tantos en suma,
Que Olivier * tiemble en su tumba.

Despues de haber dado curso en alta voz á este acceso de fiel entusiasmo, se sintió el caballero con el corazon oprimido, y dejándose caer sobre una silla exclamó:

— ¿Pudiera yo haber esperado jamas vivir y ver este dia tan feliz? comenzó á llorar con tanta sorpresa suya, como de Bridgenorth.

Reflexionando sobre la crisis del pais, pen-

* Olivier Cromwel. — Ed.

só el mayor Bridgenorth, como Fairfax y otros gefes del partido presbiteriano, que la medida mas acertada y patriótica que le convenia adoptar, era decidirse francamente en favor de la causa del rey, cuando todas las clases de ciudadanos buscaban abrigo y proteccion contra los actos frecuentes de opresion, á que daban motivo las altercaciones renovadas á cada paso entre las facciones de Westminster-Hall y de Wallingford-House. Unióse pues á sir Geoffrey, con menos entusiasmo á la verdad pero con tanta sinceridad, y de concierto tomaron todas las medidas que consideraron necesarias para restablecer la autoridad real en estos dos condados, lo que se realizó tan fácilmente como en el resto de la Inglaterra. Estaban ambos en Chesterfield, cuando se supo que Carlos II acababa de desembarcar en su reino, y sir Geoffrey manifestó su intencion al punto de presentar el homenaje debido á Su Majestad, antes de volver al Castillo de Martindale*.

* Así está marcada la transición de la novela de *Woodstock* á la de *Peveril del Pico*. — Ed.

— ¿Quién sabe, vecino, dijo él al mayor, si sir Geoffrey Peveril volverá otra vez á Martindale? Sin duda se harán promociones en la corte, y yo merezco algo tambien como los demas. Sonaria muy bien esto de.... Lor Peyeril. Poco á poco: ó aquello de conde de Martindale. No, no nada de Martindale; — Conde del Pico. Con respecto á vm., fiese en mí. Fijaré la vista en sus intereses. Es lástima, porque eso de presbiteriano, vecino...; pero, ¿qué importa? ¿Por qué no le harian á vm. caballero, es decir caballero bachiller, no caballero baronete*; esto debía convenirle bien.

— Yo dejo esos honores á los que tienen categoría superior, sir Geoffrey, respondió el mayor; no apetezco mas que saber á mi vuelta que no hay novedad en el castillo.

— No hay novedad repuso el baronete; yo respondo de que todos están buenos, Julian, Adelaida, lady Peveril y los demas. Deles vm. mis expresiones, vecino, deles un abrazo en mi nom-

* Hay entre los Ingleses un grado de caballero *knight*, ó caballero *baronete* como ellos dicen. El título de baronete es transmisible á los hijos. — Ed.

bre tanto á lady Peveril como á los otros. Puede ser que á mi vuelta abrace vm. á una condesa. Todo irá bien para vm. ahora que ya se ha hecho *hombre de bien*.

— Siempre conservo el deseo de serlo, sir Geoffrey, respondió Bridgenorth con serenidad.

— Muy bien, muy bien, dijo el caballero; no he tenido intencion de agraviar á vm.; solo debo decir que todo va bien al presente. Con que, parta vm. para Moultrassie-Hall, y yo voy á Whitehall. ¿No está bien dicho? Vamos, antes de montar á caballo, beberemos un vaso de vino de Canarias á la salud del rey. Pero se me olvidaba, vecino, que los presbiterianos no brindan.

— Yo deseo al rey salud cumplida, con la misma sinceridad que si bebiese á su salud una cuartilla entera, respondió el mayor, y á vm. sir Geoffrey, todo el éxito mas feliz y posible de su viaje, y que vuelva pronto.